

María escucha sonar su móvil.

En ese instante se encontraba profundamente dormida soñando precisamente con su ex, el mismo que por inercia había marcado su número de teléfono.

Tantos años había esperado aquel momento...

En sueños cada noche se encontraba en sus brazos como si nunca la hubiera abandonado.

Habían pasado siete años, sin embargo para su inconsciente no había ni siquiera transcurrido un segundo desde el último beso ardiente de sus labios.

El flechazo entre ambos había alcanzado tan intensidad que se diría que sus seres habían quedado ensartados para siempre en el lugar donde se habían encontrado por vez primera.

Ella siempre regresaba a la gran plaza de Venecia en sus sueños, luego al Lido conducidos por un gondolero que les arrullaba con el timbre vocal de un Pavarotti.

Ave Maria...

Ésa era la melodía que ahora entonaba el tenor con su camiseta a rallas a la luz de la luna.

Ave Maria...

Se sabía nacida para alcanzar aquel punto de una dimensión tan elevada como misteriosa al que tan sólo en sueños era capaz de regresar, y en la que había logrado mantenerse durante más de diez años gracias a ellos.

En el fondo de su corazón se sentía dichosa porque el goce junto a su amado había sido tan inmenso que su recuerdo perduraba y lo haría por toda la eternidad.

La vida para ella consistía simplemente en florecer y al encuentro con el polen reproductor dar origen a un fruto.

Ni siquiera le hacía falta ser creyente para comprender el significado de la figura de las vírgenes con niños, pues ella se sentía una más.

Sin embargo, por mucho que sus padres, y especialmente la madre de Marcos, hubieran insistido en que debían casarse, en absoluto se arrepentía de negarse a ello.

Encontrarse divorciada en un país extranjero la haría sentirse como su suegra, una paria.

Así era libre, al menos, si es que uno podía pedir algo más.

Salud y libertad eran sus dos únicas ambiciones, aunque la primera había comenzado a escasear tras pasar un invierno helado bajo un aire completamente contaminado.

Entonces regresaba a orillas del Adriático y los tres se repartían una pizza en una especie de comunión sagrada riéndose y mirándose a los ojos.

Justo en ese instante el teléfono había dejado de sonar.

Marcos, tras haber estado rememorando con Momo su primer encuentro en Venecia, no había sido capaz de reprimir el impulso de llamarla.

Le encantaría volver a ver a su hijo, aunque por otra parte la vergüenza le turbaba.

Al menos había aprendido la lección más importante de su vida, y es que como decía el refrán, no es oro todo lo que reluce.

Cuando había conocido a Marta, la ambición le había cegado, creyendo que el éxito era una cuestión de dinero y poder, cuando en realidad los ricos no eran más que esclavos de la banalidad.

Más de mil y una noches había perdido el tiempo tratando de hacer contactos, como su ex lo llamaba, lo cual consistía únicamente en dejarse llevar por el frenético consumo de alcohol y cocaína.

Al menos el año que llevaba de nuevo dentro de la barra, tras seis años fuera de ella, le había servido para recuperar su integridad moral.

El Ave María vuelve de nuevo a sonar, y esta vez ella consigue despertar.